

alguna luz acerca de la supuesta conjuración. Los dolores arrancaron algunas falsas confesiones de que se tomó acta; después de lo cual se pegó fuego á aquel salón, y los desgraciados murieron abrasados. La capital de Xaragua entregada á las llamas desapareció en pocas horas. Las cenizas ocultaron la sangre de los infortunados indios.

La desdichada Anacoana, en recompensa de su hospitalidad, confianza y resignación, vió trocadas en cadenas de hierro sus guirnaldas de flores. Con los testimonios arrancados al dolor, se la llevó como á vil criminal á Santo Domingo; y allí se la juzgó siguiendo las formas de un procedimiento irrisorio, en vista de los procesos y acusaciones de los bandidos cuyos crímenes había ella sufrido tanto tiempo. ¡La pobre fué condenada á la horca! Ovando la hizo ejecutar públicamente. De esta manera pereció la noble y hospitalaria Anacoana, la poética y gloriosa reina de Haití.

Ovando no cedió á las instancias de Diego Méndez, hasta que hubo cometido esa espantosa atrocidad; esto es, después que estuvieron exasperados los indios, que se habían salvado, huyendo en todas las direcciones, y reducidos á venganzas aisladas, permitió al capitán de bandera que se fuera á Santo Domingo según lo deseaba. Además de las probabilidades de muerte á que le exponía en aquel entonces, no temía que el fiel escudero pudiera socorrer á su señor, porque aún no había llegado ningún buque. Á pesar de todo esto, no vaciló Diego Méndez, partió á pié, y anduvo las setenta leguas de camino (1) bajo la custodia de aquél que ya le había protegido.

§ V.

Entre tanto, sabíase ya en Santo Domingo el abandono en que se consumía el Almirante enfermo. El noble Fieschi y los doce españoles llegados en los botes habían difundido en diversos sitios la noticia de la varada en Jamáica. Pero cuando Diego Méndez hubo entregado al valiente Sánchez de Carvajal, agente del Almirante, la carta que él no se había atrevido á enviarle, cuando Martín González, panadero de la marina, Diego de Salcedo, antiguo escudero, y Diego de Salamanca, antiguo intendente del Virey, supieron que, noticioso el gobernador desde siete meses ántes del naufragio del Almirante, no había dado ninguna orden para

(1) *Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante don Cristóbal Colon.*

socorrerle, no pudieron dejar de manifestar su indignación por un abandono tan criminal. Á pesar de las ciegas prevenciones acumuladas contra el Almirante por los esfuerzos de los envidiosos y de los rebeldes, su genio, sus virtudes, su afabilidad le unían cordialmente todas las personas de su casa. Además, su varada en una costa no sometida, después de una navegación tan gloriosa por sus descubrimientos y tan desastrosa para su persona, atraía á su infortunio las vivas simpatías de los marinos. Varios personajes notables, hasta funcionarios públicos, el gran juez de la isla, el doctor Maldonado, profesaban al Almirante afectuosa admiración. Éranle también adictos Miguel Díaz, antiguo alcalde de la fortaleza, Juan Velázquez, García de Barrantes, y el bravo Malaver. Cristóbal García de Palos, el jóven Bartolomé Las Casas, inmortalizado desde entonces por su amor á los indios, le debían obligaciones personales. Jerónimo Grimaldi, Brione y otros, que habían ido para colonizar realmente el país, honraban al que lo había descubierto y dado á España.

Entre los habitantes más influyentes de Santo Domingo distinguíase un ex-teniente de navío, antiguo oficial de Colon, el piloto Bartolomé Roldán, que tuvo la honra de acompañarle en su primer viaje. Habiendo hecho afortunados trabajos en las minas y adquirido una gran fortuna, la había considerablemente aumentado aún con su afición industrial. Acababa de hacer construir, en las cuatro calles principales de Santo Domingo, toda una hilera de casas (1) para alquilarlas ó venderlas ventajosamente. La sola idea de que hacía ya más de siete meses que su Almirante, varado en una costa salvaje, estaba abandonado sin auxilio, sublevaba su corazón indignado. La influencia de sus relaciones con los obreros constructores y sus numerosos inquilinos le daban gran crédito. Muy pronto se conmovió la opinión en alto grado. No pudiendo los religiosos de San Francisco ir á socorrer personalmente á Colon, rogaban á Dios que sostuviera su paciencia en aquella larga tribulación. Cada día reclamaban públicamente la unión de los fieles á sus oraciones (2). El celo de aquellos excelentes religiosos no temía reprender desde el púlpito aquella ingratitud, y levantaban la voz con valor y solemnidad contra aquel abandono.

Ya no tenía justificación la indolencia de Ovando. Si no tenía una carabela de bastante capacidad para conducir á todos los naufragos, podía á lo ménos enviarles provisiones y esperanzas, por uno de los bergantines que hacían el servicio

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. V, cap. iv.

(2) Afirma este hecho Las Casas que fué testigo ocular y auricular de sus esfuerzos. Estos religiosos habían partido de España con Ovando el 13 febrero de 1502. Pero ellos no podían olvidar que la Iglesia debía el Nuevo Mundo á Cristóbal Colon.—*Historia de las Indias*, lib. II, cap. xxxv.

costanero de la Española. Si no hubiese detenido á su lado á Diego Méndez, éste habría tenido tiempo para hacer construir un jabeque y enviarlo á Santa Gloria, para tranquilizar al Almirante.

Entre tanto, se había manifestado tan fuertemente la opinion pública, que, para satisfacerla, anunció Ovando que enviaría un bergantin. ¿Á quién, empero, confió el mando de aquel pequeño buque? Á un oficial de tierra. ¿Y qué oficial escogió? El más violento enemigo que en la Española tuvo el Almirante. Las provisiones y refrescos fueron proporcionados con los sentimientos que el gobernador abrigaba á favor de Colon: una mitad de puerco salado y un barril de vino: generoso y espléndido alivio para ciento treinta hombres que estaban con el Almirante (1)! Prohibióse á ese oficial llevar ó recibir ninguna carta ó bulto, y cambiar ni una sola palabra con los náufragos (2). Solamente debia entregar al Almirante la carta y el regalo del gobernador y volverse en seguida. El odio de su enviado aseguraba á Ovando la puntual ejecucion de sus órdenes.

§ VI.

Como aún no se había tocado la retreta cuando se presentó el bergantin en la bahía de Santa Gloria, todos los castellanos habían visto con alegría mezclada con cierta duda, la pequeña embarcacion que, en su concepto, debiera haber echado anclas más cerca de la playa.

Enviada á tierra la lancha del bergantin, atracó muy pronto junto á la *Capitana*. Los remeros pidieron una amarra, que se les echó. Ataron á ella un barril de vino y una mitad de tocino salado que se subió á bordo. El oficial puso despues en el extremo de un bichero un pliego para el Almirante, y se lo presentó. Entregado el pliego, mandó situar la embarcacion á cierta distancia de las carabelas: entónces levantó la voz. Al reconocerla quedaron estupefactos la mayoría de los pilotos. Era el traidor Diego de Escobar, aquel gobernador del fuerte de la Magdalena, quien, miéntras el Almirante descubria el Nuevo Continente, se

(1) Ovando ignoraba entónces la rebelion de los Porras, seguida de desercion con armas, bagajes y saqueo. Sabia por Diego Méndez que quedaban ciento treinta hombres en las carabelas varadas. Es verdad que Diego Méndez habla en su relacion de doscientos treinta, pero es evidente que se equivoca de un centenar, y que quiere decir ciento treinta. Porque, teniendo en cuenta las pérdidas experimentadas en el *Rio del Desastre*, en el rio de Belen, y los catorce españoles que fueron en botes á la Española, resulta que sólo quedaban ciento treinta hombres en Santa Gloria.

(2) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. VI, cap. vii.

había rebelado contra él, pasándose á Roldan con su tropa. Su presencia era una violacion de las órdenes de la reina, que prescribian que todos los antiguos rebeldes fueran enviados otra vez á Castilla. La mision que le había confiado Ovando constituía una grave ofensa contra el Almirante.

Colon, sin embargo, salió de su camarote y se presentó sobre el puente. Gritóle Escobar que el gobernador sentía no tener en la rada un buque de bastante capacidad para enviárselo á fin de llevárselo á él y á todos los suyos; que velaba por sus intereses, y que tan pronto como pudiera se le sacaría de aquel sitio, y le ofreció encargarse de su respuesta, si queria darla inmediatamente, porque el bergantin debia partir sin dilacion. Colon acusó recibo de su encargo á Ovando, recomendando á su bondad á Diego Méndez y Fieschi, asegurándole que no les había enviado con más objeto que informarle de su desastre y pedirle su auxilio. Dábale noticia de la rebelion de los Porras, que agravaba los peligros de su situacion, y terminaba encomendándose á su cuidado y diligencia.

Durante este tiempo, el bote se mantuvo inmóvil. Desde las carabelas, los pilotos hicieron algunas preguntas á los remeros; pero éstos, obedeciendo á su consigna, guardaron el más riguroso silencio. Luégo que estuvo sellado el pliego del Almirante, el bote atracó otra vez junto á la *Capitana*, tomólo el capitan, y el bote se juntó al bergantin, que en seguida levó anclas, y largó todas sus velas, para aprovechar el poco viento de tierra cuyo perfumado aliento se dejaba sentir á intervalos.